

LO NEUTRO EN BLANCHOT, SUSTANTIVO SIN SUSTANCIA

Candela Potente / Universidad de Buenos Aires

Lo impropio de lo neutro reside, quizás, en la continuidad de sentido que propone necesariamente un nombre, mientras que dicho nombre no deja de hacerse eco a sí mismo a fin de sustraerse a él. Lo neutro es impropio, pero ni siquiera eso es su propiedad.
Blanchot, *El paso (no) más allá*

Interrupción, fragmento, el Afuera, lo desconocido, lo Otro: estos conceptos son enhebrados por Blanchot mediante el pensamiento de lo neutro. ¿Cómo pensar lo neutro? ¿Cómo comprenderlo –si es acaso posible–? ¿A qué problema responde? ¿Por qué sustantivarlo, darle siquiera un nombre? A través del análisis de los conceptos mencionados, buscaremos el lugar de lo neutro en cada uno de ellos y veremos cómo en el entramado que tejen es posible ensayar una respuesta a estas preguntas.

Lo neutro es sustantivado por Blanchot por primera vez en “Lo extraño y lo extranjero” (Cf. Bident, 1998: 434). En este texto, está ya sugerida la cercanía entre la extrañeza y lo neutro. Lo extraño, explica Blanchot, no está en el descubrimiento de un lugar radicalmente distinto o absolutamente otro, sino en la disolución misma de la identidad, donde no hay nada más que alteración (Cf. Blanchot, 2001: 85). La extrañeza no está entonces dada por una situación de otredad constituida en oposición a una identidad, sino que se trata de una dispersión al infinito de esta última, que deja como resto una alteridad alterada y no está determinada por una relación de oposición con respecto a una identidad.

Del mismo modo, lo extraño no está en la situación de extranjería si ésta se piensa meramente como un extrañamiento definido por una pérdida de país. Más bien, dice Blanchot, es “una manera más auténtica de residir, de habitar sin hábito. El destierro es una nueva relación con el Afuera” (Blanchot, 1993: 482). Como se ve, el destierro no es simplemente el abandono de un lugar, sino otro modo de

habitar¹. La relación con el Afuera es otra porque éste ya no es lo otro del Adentro, sino un ámbito cuya exterioridad superlativa impide formar hábitos. No es posible habituarse a un lugar que está constantemente afuera de sí mismo por la radicalidad de su carácter exterior. A partir de esto Blanchot afirma:

En la extrañeza no hay seres que se sientan extranjeros o un angustioso extranjero que se revele en ellos, hay algo así como un 'campo de fuerza' anónimo: del ser que se afirma sustrayéndose, que aparece desapareciendo, del ser que no es nunca un ser ni una pura ausencia de ser, y ni tampoco siquiera del ser que no sería ni esto ni aquello, es decir, neutro, sino la neutralidad del ser o la neutralidad como ser. (Blanchot, 2001: 85, 86)

El ser no se da ni en presencia ni en ausencia, ni es él 'ni lo uno ni lo otro': lo neutro no modifica al ser y lo vuelve neutro, sino que lo neutraliza en cuanto ser. Esta neutralidad como ser se enmarca en la relación que lo Otro y lo neutro tienen con aquél: "*lo Otro y lo neutro, aunque necesariamente en formas diferentes, no caen bajo la jurisdicción de lo Uno ni tampoco se dejan implicar en la sin embargo inevitable pertenencia al Ser*" (Blanchot, 1993: 485). Por esta razón, lo neutro (y lo Otro) no están implicados en la pertenencia al Ser en la medida en que éste ha sido neutralizado y su mostrarse es una aparición en la desaparición; si podemos afirmar que esto supone su disolución, también deberemos presumir que la pertenencia a él se disuelve.

Por otra parte, no es menor que el Ser y lo Uno aparezcan próximos en las palabras de Blanchot. Del mismo modo que lo neutro no se deja implicar en el Ser, teniendo en cuenta los caracteres de unidad e identidad que éste ostenta, también está fuera de la jurisdicción de lo Uno, de la Unidad, y es allí donde surge el fragmento. La falta de una Unidad, tanto como origen como en cuanto polo aún no alcanzado, exige un habla que es enigmática en un sentido drástico, ya que este enigma no pide ser descifrado –porque se lo eliminaría–, sino que la escritura lo expone en la neutralidad del propio enigma (Cf. Blanchot, 1993: 275). Lo enigmático no se constituye como contradictorio con respecto a una instancia de claridad descifrada, sino que, disipado este movimiento dialéctico del lenguaje,

1 En su relato "El idilio", Blanchot ilustra muy bien esta condición ineludible de extranjería: "Aprenderéis en esta casa que es duro ser extranjero. Aprenderéis también que no es fácil dejar de serlo. Si echáis de menos vuestro país, hallaréis aquí cada día más motivos para ello; pero si llegáis a olvidarlo y a amar vuestra nueva situación, os devolverán a casa, y allí os sentiréis una vez más unos extraños y volveréis a empezar un nuevo exilio". (Blanchot, 2003: 32)

queda el enigma como tal de un modo análogo al lugar que tomaba lo Otro, que no podía definirse en virtud de una oposición a la identidad sino por la más absoluta disolución de ésta. Así pues, Blanchot afirma:

¿qué sucede con el pensamiento , cuando el ser –la unidad, la identidad del ser– se ha retirado sin dar cabida a la nada, aquel refugio muy fácil?
 ¿Cuando lo Mismo deja de ser el sentido último de lo Otro y cuando la Unidad deja de ser aquello en cuya relación se enuncia lo múltiple?
 ¿Cuándo se dice la pluralidad, sin relacionarse con lo Uno? Entonces, quizá entonces, se deja intuir, no como paradoja sino como decisión, la exigencia del habla fragmentaria, ese habla que, lejos de ser única, ni siquiera se dice de lo uno y no dice lo uno en su pluralidad (Blanchot, 1993: 259)

Así como este habla fragmentaria es expresión de una pluralidad que como tal no se opone a una totalidad unitaria –ya sea, como hemos dicho, en tanto punto de partida o de llegada–, se puede decir que lo neutro escapa a lo Uno, ya que lo neutro, lo fragmentario, no es partes de una unidad fracturada ni germen de una unidad aún por venir; no es el momento emblemático de una incompletud ni su carácter fragmentario está dado por un contraste con una instancia complementaria, sino que su ser fragmento se consume en la pluralidad diseminada del habla fragmentaria.

La palabra ‘fragmento’, dice Blanchot, tiene la fuerza de un verbo ausente, es la interrupción como habla, donde la discontinuidad que genera esta intermitencia es condición de posibilidad del devenir por la misma ruptura que es propia de lo fragmentario (Blanchot, 1993: 481). En una primera instancia, Blanchot plantea este concepto como parte fundamental del curso de una conversación. Dos personas nunca hablan juntas –si por esta conjunción entendemos una simultaneidad–, sino en una sucesión que requiere del intervalo. Para asegurar la continuidad de una conversación es necesaria la discontinuidad, ya que sin ésta, aquélla no puede constituirse como tal: la continuidad es ella misma discontinua. En una segunda instancia, Blanchot se dedica a otra clase de interrupción muy diferente, una más grave y enigmática:

Lo que está en juego y exige relación es todo cuanto me separa del otro, es decir, el otro en la medida en que estoy infinitamente separado de él, separación, fisura, intervalo que lo deja infinitamente fuera de mí, pero pretende fundar mi relación con él en esta misma interrupción, que es una *interrupción de ser* –alteridad por la cual él no es para mí, ni otro *ego*, ni otra existencia, ni una modalidad o un momento de la existencia universal, ni una super-existencia, dios o no-dios, sino lo desconocido en su distancia infinita.

'Alteridad' que se mantiene bajo el dominio de lo neutro (Blanchot, 1993: 138)

La separación irreductible entre un yo y un otro funda una relación entre ellos en una interrupción de ser, porque se trata de una alteridad que no se sostiene en la medida en que es reflejo especular de un yo, sino que este otro se rige por lo neutro, y es por este motivo que éste es lo desconocido.

Pero ¿cómo concibe Blanchot lo desconocido? Se trata de un neutro: no es desconocido en la forma de aquello que *todavía* no se conoce ni en la de una trascendencia incognoscible; por el contrario, lo desconocido se descubre precisamente en aquello que lo deja cubierto (Cf. Blanchot, 1993: 472). Lo desconocido no se deja conocer puesto que persevera en lo enigmático de sí. Como ya se ha indicado, lo neutro supone un campo anónimo. Este campo no se divide en partes que se definen las unas a las otras en términos relativos. No sería insensato pensar que Blanchot, en este sentido, se encuentra en las antípodas del estructuralismo, ya que no hay aquí una estructura en el interior de la cual los elementos se definan relativamente en virtud de esa misma interioridad que hace posible las relaciones. Dentro de una estructura resulta necesario pensar en clases de géneros en los que una pluralidad de elementos es distribuida y ordenada. Desde un polo opuesto, Blanchot dice:

Lo desconocido es verbalmente un neutro. (...) lo que pertenece a lo neutro no es un tercer género que se opone a los dos otros y que constituye una clase determinada de existentes o seres de razón. Lo neutro es aquello que no se distribuye en ningún género: lo no-general, lo no-genérico, así como lo no-particular (Blanchot, 1993: 470)

Lo neutro no es un género que es variante de otros géneros ya existentes, sino que disuelve la noción misma de género planteando una instancia inconmensurable con respecto a aquéllos.

Hasta aquí hemos visto que lo neutro siempre abre modo de pensar que esquivo las categorías de nuestro lenguaje. Por ello es atinado cuestionar si efectivamente se puede preguntar por este concepto que se desliza y no permite ser aprehendido con el vocabulario del lenguaje que Blanchot, podríamos decir, denuncia con una crítica muda. Él mismo se plantea esta cuestión:

Neutro, esa palabra aparentemente cerrada pero fisurada, calificativo sin calidad, elevado (de acuerdo con uno de los usos del tiempo) al rango de sustantivo sin subsistencia ni sustancia, término donde se recogería sin situarse en él lo interminable: lo neutro que, llevando un

problema sin respuesta, tiene el cierre de un aliquid al que no correspondería pregunta alguna. ¿Acaso puede interrogarse lo neutro? ¿Acaso puede escribirse: lo neutro? ¿Qué pasa con lo neutro? Es cierto, se puede. Pero la interrogación no afecta lo neutro ni lo deja intacto, lo cruza de par en par o más probablemente se deja neutralizar, pacificar o pasivificar por él (Blanchot, 1993: 477, 478)

La pregunta por lo neutro genera, por un lado, una desconfianza hacia a sí misma, pero al mismo tiempo se corrobora al enunciarse. Tal interrogación, sin embargo, no ejerce acción alguna sobre lo neutro sino que lo atraviesa o se deja atravesar por él, neutralizándose. La pregunta por lo neutro pone de manifiesto este pensamiento que no se deja determinar por el lenguaje porque precisamente lo pone en jaque. 'Lo neutro' es el nombre de lo que no puede adquirir nombre, 'ni lo uno ni lo otro'. La palabra designa un modo de pensar que esquivo los puntos cardinales del lenguaje.

En el desarrollo anterior se puede ver la reiteración de un mismo movimiento. Christophe Bident dice que lo neutro no es un pensamiento sobre el que Blanchot haya teorizado, sino sobre el que ha *escrito* (Cf. Bident, 1998: 437). Esta distinción tiene que ver con que lo neutro no es un concepto, sino un modo de comprender categorías que no permiten una definición que obedezca a la experiencia dialéctica del habla, no permite la definición orientada por piedras de toque previamente elegidas, porque conceptos como el Otro, lo desconocido, el Afuera, el enigma, se definen por aquello que les es más propio y que se reitera a sí mismo no dejándose dominar por un pensamiento complementario, por una instancia que le es opuesta. ¿Se puede preguntar por lo neutro? ¿Es posible nombrarlo? En efecto, así es. Lo que no se podrá hacer es intentar definirlo, si por definición entendemos la determinación de puntos cardinales inamovibles. Por esto es que lo neutro es un sustantivo que carece de sustancia, porque es el nombre de lo que esquivo todos los nombres. Nuestro lenguaje dicotómico no ha sabido dar cuenta del resto entre la afirmación y la negación, que no es un tercer lugar sino la disolución de la taxonomía. Blanchot afirma en vinculación con esto:

En una simplificación evidentemente abusiva, podría reconocerse, en toda la historia de la filosofía, un esfuerzo ya sea por aclimatar y domesticar lo 'neutro', sustituyéndolo por a ley de lo impersonal y el reinado de lo universal, ya sea por recusar lo neutro afirmando la primacía ética del Ego-Sujeto, la aspiración mística a lo Único singular. En esta forma, se rechaza constantemente lo neutro de nuestros lenguajes y de nuestras verdades (Blanchot, 1993: 471)

Lo neutro, según las palabras de Blanchot, ha sido 'domesticado'. Se le ha dado erróneamente el lugar de lo universal y de la impersonalidad que genera su dominio o se lo ha disminuido al máximo en virtud de la postulación de una Unicidad regente. Lo neutro ha sido apartado de nuestros plurales lenguajes y verdades, y surge como designación de lo que la historia de la filosofía ha soslayado. El pensamiento de lo neutro en Blanchot, entonces, viene a recuperar aquello que ha sido radicalmente amortiguado; le da un nombre al resquicio entre la afirmación y la negación.

Como hemos visto, el enigma es aquello que debe ser descifrado, pero puesto que descifrarlo es suprimirlo, la neutralidad del enigma se recupera en su no desciframiento. Lo desconocido se descubre en aquello que lo mantiene cubierto. Lo Otro establece con el yo la relación de la irreductible distancia, su alteridad se ve incesantemente alterada de modo que designa lo interminablemente otro. La interrupción es intervalo absoluto. La red que estos conceptos entretejen muestra que lo neutro será la incesante perseverancia de lo que queda cuando la afirmación y la negación parecen haber agotado los conceptos.

Lo neutro. Eso que lleva la diferencia hasta dentro de la indiferencia, más exactamente, que no deja a la indiferencia en su igualdad definitiva. Lo neutro, siempre separado de lo neutro por lo neutro, lejos de dejarse explicar por lo idéntico, sigue siendo el residuo inidentificable. Lo neutro: superficie y profundidad, tiene que ver con la profundidad si parece regir la superficie, con la superficie cuando quiere dominar la profundidad (se convierte en una voluntad que domina), haciéndola entonces superficial mientras la hunde (Blanchot, 1993: 478, 479)

Bibliografía

Bident, C. (1998). *Maurice Blanchot, Partenaire invisible*. Paris: Champ Vallon.

Blanchot, M. (1993). *El diálogo inconcluso*. Caracas: Monte Ávila.

Blanchot, M. (1994). *El paso (no) más allá*. Barcelona: Paidós.

Blanchot, M. (2001). "Lo extraño y lo extranjero", *Archipiélago*, núm. 49.

Blanchot, M. (2003). *Tiempo después*. Precedido por *La eterna reiteración*. Madrid: Arena.